

EL ESPÍRITU DEL LIBERALISMO CLÁSICO

James Buchanan, Premio Nobel de Economía 1986

Discurso de agradecimiento por el Premio Adam Smith, mayo de 2005.

Nota del Traductor

El profesor James Buchanan obtuvo su Doctorado de la Universidad de Chicago. Es Asesor del Centro James Buchanan en la Universidad George Mason.

En 1986 fue premiado con el Nobel de Economía por su revolucionaria teoría de la Elección Pública, que cambió para siempre el concepto de la toma de decisiones “públicas”, explicando cómo los intereses “privados” de los políticos, burocracias y grupos de presión afectan las acciones gubernamentales. Ha escrito con Gordon Tullock el libro “El cálculo del consenso: fundamentos lógicos de la democracia constitucional” (1962), y asimismo “Costo y elección” (1969), “Los límites de la libertad” (1975), y “Libertad, Mercado y Estado” (1985).

En este texto el Prof. Buchanan alude a la tradición judeocristiana en lo que llama “el espíritu del Liberalismo Clásico”. Lo que observa James Buchanan es que en tanto la gente deja de creer en Dios y en Su divina providencia, ya no quiere ser libre, porque tiene miedo; y cuando rechaza la autoridad de Dios, se somete al poder del Estado.

Original: <http://www.fee.org/nff/restoring-the-spirit-of-classical-liberalism/>

Alberto Mansueti

Estoy muy feliz de estar aquí en la FEE. Aunque es mi primera vez, tengo una relación de medio siglo con la FEE. Conocí a Leonard Read en 1957, en Suiza, durante una reunión de la Sociedad Mont Pelerin. Read y la FEE que creó fueron de hecho los pioneros de todos los grupos de reflexión de liberalismo clásico que luego florecieron por todo el mundo. Quiero decir algunas cosas sobre el Liberalismo Clásico, su espíritu, y sobre cómo podemos recuperarlo. Hace varios años escribí un artículo sobre el espíritu del liberalismo clásico. Digo allí que lo hemos perdido. ¿Pero por qué? Por causa de nuestra incapacidad para comprender y apreciar la superioridad del sistema de valores de Occidente. Cuando el primer ministro de Italia, Silvio Berlusconi, sugirió durante una visita a Washington que ese sistema de valores era superior a todas las alternativas, fue condenado por los medios de comunicación y por los círculos académicos y políticos en EEUU.

Despreciando la evidencia de la historia

Haciendo caso omiso de todas las pruebas de la experiencia y la historia humanas, los críticos de Occidente han llegado a creerse sus propias “construcciones” de la realidad, y se niegan a admitir que un sistema puede ser mejor que otro. Así la “política correcta” ha corrompido nuestras almas. Sin embargo, sólo reconociendo que nuestro sistema de valores es de hecho superior a todas las alternativas conocidas, es que podemos restaurar el espíritu del liberalismo clásico.

El primer paso hacia esa restauración nos obliga a reconocer que nuestras instituciones básicas son herencia de una filosofía pública, claramente expresada por nuestros antepasados del s. XVIII, especialmente Adam Smith y la Ilustración escocesa, y los Padres Fundadores de EEUU.

Ellos perfeccionaron una serie de normas, reglas, procedimientos y prácticas, que ahora simplemente se dan por sentadas: el imperio de la ley aplicada universalmente y sin discriminaciones, la separación de poderes, el sufragio universal. Esto es para garantizar la protección de las personas, sus propiedades y sus contratos, y las elecciones periódicas, el libre

acceso a la competencia para cargos políticos, y los límites constitucionales al alcance de la acción gubernamental. Es la herencia institucional del liberalismo clásico, que debemos proteger con celo. Sin embargo, la motivación para dicha protección se debilita, en tanto se erosiona la comprensión por el público de cuáles son las bases de la sociedad libre.

Una vez abandonada la idea de aplicación universal y no discriminatorio de la ley, el Estado de "bienestar general" se convierte en el "Estado de transferencias", con programas específicos para segmentos particulares de la población. En tanto las diferentes coaliciones mayoritarias crecen y se hacen más efectivas, el proceso político se convierte en un juego de poder, en que los participantes utilizan la autoridad legal para tomar ventajas unos de otros, y los preceptos del liberalismo clásico se desvanecen o incluso desaparecen.

Entre la espada y la pared

Este cambio muestra una falla estructural en nuestras instituciones políticas. Los procedimientos para la toma de decisiones colectivas tienen que operar dentro de normas constitucionales desarrolladas mucho antes que el "Estado de Bienestar" incrementase sus exigencias sobre nuestra capacidad fiscal. Estos procedimientos permiten que las decisiones del lado del gasto presupuestario se hagan en forma independiente de las decisiones del lado de los recursos fiscales. En su lógica más simple, la teoría de la elección pública explica que en estas condiciones, el gasto público siempre será mayor que los ingresos tributarios que las legislaturas están dispuestas a imponer a sus mandantes.

En la segunda mitad del s. XX esta brecha entre el gasto público y los ingresos fiscales fue ampliamente ignorada por el público en general. La inminente crisis fiscal sólo ha surgido en la conciencia pública en el nuevo siglo XXI. Algunas estimaciones sugieren que el déficit fiscal neto en los EEUU asciende a casi 45 trillones (USA) de dólares. Y los estadounidenses no estamos dispuestos a pagar los impuestos para enjugar semejantes pasivos, a fin de que puedan cumplir los Gobiernos todos sus compromisos.

Estamos entre la espada y la pared. ¿Cómo responden nuestras instituciones políticas a las actuales actitudes del público? Se puede esperar una enorme y políticamente eficaz resistencia a cualquier reducción en los beneficios prometidos, y al mismo tiempo a cualquier aumento en los impuestos que se están cobrando para pagarlos.

Me parece muy claro que vamos hacia ciertos cambios en los sistemas discriminatorios. La reforma de la Seguridad Social avanzada por el presidente Bush ya sugiere recortar las ventajas para los grupos de mayores ingresos, y elevar o mantener los beneficios para los de menores ingresos. Eso significa que en el aspecto fiscal el Gobierno tendrá que elevar progresivamente el porcentaje de ingresos sujetos a los impuestos para el Seguro Social. Pero de esta manera el Seguro Social perderá por completo su carácter de "seguro", y se convertirá en un inmenso programa de simple transferencia de riqueza de unos a otros. Los defectos estructurales cuyo surgimiento hemos permitido en nuestra democracia constitucional, nos llevarán a una mayor erosión de nuestra herencia liberal clásica, no a su restauración.

Esto plantea una importante pregunta: ¿por qué razón, pese al reconocido fracaso del socialismo planificador ---en el orden de las ideas y en el plano de la práctica--- las personas siguen exigiendo los mismos programas al "Estado de Bienestar"? Se esperaba que la desaparición del socialismo dirigista y controlista llevara a todo el mundo a la democracia en la política y al sistema de mercado libre en la economía, pero no fue así. El comunismo ha muerto, pero vive en el Leviatán.

Debemos alarmarnos por el crecimiento continuo en la parte de la actividad económica que se sujeta al dominio de la política, por causa de las exigencias de prestaciones sociales. Yo le llamo a esto "el socialismo paternalista". Bajo esta clase de socialismo, la gente en general reconoce

"la fatal arrogancia" que Hayek destacó, y admite el estruendoso fracaso del socialismo tipo URSS. Los estadounidenses no creen que la organización colectivista es eficiente, y en general no tratan de controlar las vidas de los demás. Pero exigen los programas de bienestar social. ¿Por qué? Por una razón muy diferente a la creencia en el socialismo: quieren ser dependientes del Estado simplemente porque tienen miedo de ser libres.

Miedo a la libertad

La demanda popular para la provisión colectiva de los programas de asistencia social se remonta a la coincidencia histórica de dos cambios fundamentales en la corriente de ideas. A fines del s. XIX, el filósofo alemán Federico Nietzsche sentenció que "Dios ha muerto". Quería decir que la fe religiosa en un Ser Supremo, junto con la encarnación institucional de esta fe en una iglesia, ya no siguen siendo fuerzas motivadoras en la vida de las personas.

Al mismo tiempo, la idea socialista surgió en el discurso público, inspirada por Carlos Marx. El socialismo estatista demanda y ofrece un control colectivo y político sobre la producción y el intercambio económicos como una solución para todos los males sociales y espirituales. En tanto se desvaneció el poder de la Iglesia se renunció a la libertad individual, y la autoridad de Dios fue deliberadamente transferida al Estado. El sentimiento expresado en el antiguo himno religioso "Dios cuidará de ti" se transformó en "el Estado cuidará de ti." El llamado Estado de Bienestar simplemente reemplazó a Dios como un sustituto de los padres.

Los programas de asistencia social no fueron de hecho impuestos desde arriba por una élite que se suponía depositaria de una sabiduría superior, o por quienes simplemente buscan el logro de su beneficio particular a expensas de los demás. La fuente del apoyo popular para el "bienestar social" demandado a los Gobiernos es este cambio: de la confianza en Dios a la confianza depositada en el Estado. La gente tiene miedo de la responsabilidad personal que tendría que asumir si se liberase de los grilletes del control colectivista.

Cuando se caigan las ilusiones fiscales del Estado moderno, forjadas por nuestros fallidos procedimientos constitucionales, se verá el fracaso de este "dios" de ahora: el sistema de la socialdemocracia. En cierto sentido, este fracaso ya está aquí: las modernas democracias del "bienestar" ya no pueden financiar los pasivos acumulados durante varias décadas, sin traer privaciones fiscales para algunos sectores del electorado. El conflicto sobre cuáles reses han de ser sacrificadas va a ser la pelea fundamental en la política de la primera mitad de este siglo XXI. Se harán más clasificaciones jerárquicas para identificar a las personas por su pertenencia a grupos políticamente definidos: tales, tales y tales, y en consecuencia se harán más discriminaciones entre los unos, los otros y los otros.

Las ideas tienen consecuencias

Un supuesto fundamento del liberalismo clásico es la idea contraria: las personas naturales somos todas iguales ante la ley, y como tales debemos ser tratadas en todas las dimensiones de la organización y acción política. En este sentido, el liberalismo clásico es profundamente igualitario más que jerárquico. La alusión de Adam Smith a la igualdad natural entre un filósofo y un mozo de cuerda refleja esta actitud, que debe seguir siendo parte crucial de la fe liberal clásica, si queremos preservar las instituciones de orden cívico que esta fe hace posible.

El liberalismo clásico, ni como idea ni como estructura institucional pretende hacer el papel de Dios. De hecho, la fe religiosa, con su énfasis en la autosuficiencia y la independencia, es un complemento al liberalismo clásico. En tanto Dios retorne, la dependencia de los ciudadanos respecto del Estado será necesariamente reducida, siempre y cuando el fanatismo religioso no motive la intromisión política en las libertades personales de quienes carecen de esa fe. Sin embargo, la separación de Iglesia y Estado, respetada por todos los políticos, y la competencia abierta entre las diferentes iglesias y religiones, servirán para contener ese fanatismo.

Ante todo esto, es muy fácil ser pesimista y considerar que la situación es desesperada, pero yo siempre digo, "soy un pesimista cuando miro hacia delante, pero optimista cuando miro hacia atrás." Los occidentales somos afortunados en contar con las instituciones de la sociedad libre como parte de nuestro patrimonio heredado. Debemos asegurarnos de que no se erosionan más, por nuestra incapacidad de apreciar su "lógica moral" básica.

Aquella "brillante ciudad sobre una colina" de la que hablaba Ronald Reagan aún agita las almas de los hombres y mujeres en todo el país. Es vital que sigamos preservando el sueño del liberalismo clásico. Y enseñar, mejor aún, predicar sus principios.